

ante los originales y artísticas producciones del célebre Tiffany, y sobre todo, porque en la Sección francesa, la imaginación inagotable del obrero paaisiense, ese obrero artista por excelencia, encantó á los visitantes con el buen gusto incomparable con que supo exhibir sus brillantes pedrerías.

El precioso collar de diamantes expuesto por Fouquet; las hermosas instalaciones de Vever y de Boucheron, en las que todo era delicado, soberbio y de buen gusto; el famoso brillante de 180 quilates, rival del Ko-hi-nor y del Regente, que deslumbraba allí á la multitud; el collar de la Reina María Leckzinska con el famoso "Sancy;" aquel inmenso centelleo, en fin, de luces refulgentes de todos los colores, causaba la sorpresa y la admiración, por su artística grandiosidad.

Y los anillos de diamantes ligando nudos de terciopelo; y los collares de perlas y de brillantes en un mismo hilo; idea original y de buen gusto, de la que dice Falize que merece el elogio más completo; "haber unido esa irradiación luminosa con aquella suavidad opalina encantadora, haber hecho la combinación de esos elementos antitéticos, y haber armonizado aquella riqueza de los mares, con el esplendor de los continentes;" y aquellos encajes diamantinos, por último, tan bellos como perfectamente ejecutados, todas esas obras maestras realizaban en aquella Exposición la inagotable habilidad y el buen gusto característico de los dibujantes, de los joyeros y de los diamantistas franceses.

Tal era la Sección de las pedrerías en 1889 en Paris, y antes de dar por concluída esta somera y brevísima

descripción de las más importantes industrias artísticas de la Bélgica, y de la industria por excelencia de Ambères, la lapidación del diamante, pidamos su bien cortada pluma al artista L. Falize, para insertar aquí el cumplido elogio que hace de la piedra más hermosa de la Tierra.

"Los diamantes son inmutables. Todos los productos manufacturados desaparecen; están destinados á cambiar de forma más ó menos pronto, y los edificios mismos se derrumban ó son reemplazados por otros. Tan sólo esa piedra deslumbradora, el diamante, permanece intacta, conservando sus bellísimas luces. Se la hace saltar de su montadura antigua para adornar con ella las joyas más artísticas y del gusto moderno. Pasa de la madre á la hija y de la Reina á la simple dama. Transmítese intacta, y viaja de las minas de Golconda ó de los Campamentos del Cabo ó del Brasil á los talleres de los lapidarios belgas ú holandeses, y á los mercados de Londres y de Paris. Es un lujo ó una economía; el dote de una novia ó la corona de un Rey. Produce en ocasiones la alegría, y en otras parece una lágrima cristalizada, que recuerda los dramas de la historia, como el famoso Sancy, el diamante de Carlos I y del infortunado Luis XVI."

#### RESUMEN.

#### BÉLGICA Y MÉXICO.

He procurado dar una idea ó más bien dicho traer de nuevo á la memoria, los inteligentes y grandes esfuerzos que constantemente realiza el simpático país

de los Belgas, bajo la progresista administración del jefe actual del Estado, tanto para perfeccionar las producciones de sus numerosas industrias, cuanto para darlas á conocer y, por lo mismo, hacerlas estimar del mundo entero.

Aquel pueblo industrioso y trabajador por excelencia, se compone en la actualidad, según los últimos datos estadísticos recientemente comunicados por nuestra legación en Bruselas, de 6.148,000 personas, lo que significa una densidad de población de 208 habitantes por kilómetro cuadrado.

Su red ferrocarrilera es de 4,526 kilómetros, lo que da 153 por cada mil kilómetros cuadrados y 742 por cada millón de habitantes.

Sus líneas telegráficas tienen una extensión de 6,868 kilómetros y la longitud de los hilos es de 35,934 kilómetros, correspondiendo á cada millón de habitantes 5,890 kilómetros.

La deuda pública de la Nación es de 2,250.926,274 francos, y los gastos totales de su presupuesto se elevan á 339.502,085 francos, lo que corresponde á 5,502 francos por habitante. Según esos datos de la Legación Mexicana, el comercio total de importación, fué en 1891, de 1,547.000,000 de francos y en los siete primeros meses del año actual de 1892, de 823.647,000 francos.

La exportación en los mismos períodos fué respectivamente, de 1,314.000,000 y de 704.647,000 francos.

Aquel pueblo que tanto ha sabido progresar en la lucha terrible por la existencia, de la época moderna, es al mismo tiempo un pueblo de grandes artistas. Los

belgas no han olvidado ni podrán olvidar nunca que el arte constituyó la grandeza de su nación, y trabajan sin cesar con el patriótico empeño de conservar su fama. Herederos de un pasado glorioso, desean enriquecer el valiosísimo legado de sus grandes antecesores.

Las escuelas de Bruselas, de Ambères y de Gante toman siempre y en los últimos años sobre todo, una parte muy activa en el movimiento artístico europeo, y sus esfuerzos ejercen una gran influencia en los progresos universales del arte, á la vez que afirman por admirable manera, el vigoroso nacionalismo de los belgas.

Desde 1855, llamaron la atención de los artistas de los otros países, por la decisión con que volvían á inspirarse en las tradiciones de sus antiguos y grandes maestros, y desde entonces han luchado en todas partes y á las veces adquirido el triunfo, con su espíritu de observación sincera y de robusta ejecución, espíritu de realismo franco y sano, enérgico y brillante.

En los géneros principalmente, en que el pintor debe consultar de un modo directo á la naturaleza, en el retrato, en los cuadros de costumbres y en el paisaje, el artista belga llega á la más notable perfección, con ese naturalismo vigoroso y gusto por el orden que caracterizan su temperamento nacional, y con esa profunda habilidad con la que saben armonizar maravillosamente la fuerza del color con la suavidad del dibujo, la exactitud de la observación y la delicadeza expresiva, la tradición indígena y el sentimiento moderno.

Y no ocupándome sino de los artistas belgas contemporáneos, puesto que los grandes maestros antiguos

son universalmente conocidos, nada me parece mejor que extractar aquí algunos pasajes del brillante informe acerca de las Bellas Artes en la Exposición de 1889, publicado por el Sr. Lafenestre, Conservador de las pinturas en el gran Museo del Louvre.

“Es indudable, dice, que se necesita una clara inteligencia, una voluntad enérgica y una ciencia profunda, para ejecutar bien una gran escena como “La Translación á Louvain del cuerpo del Burgomaestre Van der Leyen,” pintada por Hennebicq. Las figuras están bien comprendidas, las fisonomías bien estudiadas, la luz poderosa y tranquila, y hay tal dignidad en la desesperación del cortejo, tal sencillez en aquella indignación, que se comprende á la primera ojeada, que el artista profesa el sano horror de las exageraciones melodramáticas.”

El Lutero en la Dieta de Worms, de Delperèe; La Polixena, de Stallaert, y el Hombre picado por la hormiga, de Van Bisbroeck, son trabajos tan fáciles como estimables y distinguidos; pero no es en estos cuadros en los que se revela en todo su esplendor el poderoso arte flamenco.

Las obras de Wauters y de Stevens, presentadas en Paris, dan tal vez una idea más clara de las grandes cualidades que caracterizan el fondo de los artistas belgas, tan soberbios coloristas como hábiles dibujantes, y capaces de manejar el pincel con esa destreza resuelta y brillante que es como el sello nacional que distingue á las producciones de su original y progresista Escuela.

“Los siete retratos de Wauters, dice el notable crí-

“tico Lafenestre, presentan su talento dúctil y penetrante, bajo los más variados aspectos, encontrándose en ellos siempre, la nota flamenca por excelencia, el toque del pincel, firme y vibrante. El traje de seda azul claro de la Srita. Somzèe, representada de pie y apoyada en su piano, y los muebles y tapices que adornan su salón; el caballo que monta el niño Daye, el traje de terciopelo de éste, y el paisaje marítimo que le rodea, así como el soberbio vestido color de granate de la Baronesa de Coffinet, revelan en el autor esa exactitud viva y brillante para la ejecución de los detalles, que es tradicional en los pintores flamencos.”

Y en cuanto á Stevens, “el más parisiense de los belgas y el más belga de los parisienses,” como dice el crítico de arte á que me vengo refiriendo, su hermosa exhibición fué por todo extremo notable.

El lujoso refinamiento de las “toilettes femeninas,” de sus cuadros; el sentimiento delicado de aquellas actitudes elegantes, y el gusto por los mobiliarios artísticos y los tapices de gran valor que servían de fondo á sus figuras, irreprochables en el colorido y el dibujo, demostraban en el artista, “el amor apasionado por la bella pintura clara y alegre, amable, vibrante y encantadora.”

Pero había en aquella Sección dos telas de Struys, cuyo aspecto triste, melancólico y sombrío, fué el que me produjo la más profunda impresión. Eran: “El Gana pan” y “La Muerte.” He aquí como las describe la bien cortada pluma del Sr. Lafenestre:

En la primera, “cerca de una ventana, un joven atacado por la tisis, hundido en un sillón, pálido, y con

“sus dos grandes manos, manos de obrero, blancas y descarnadas, descansando en sus rodillas, espera, con el aire del más hondo abatimiento, la poción que su anciana y desolada madre, de pie delante de él, vierte en una cuchara, con la más cariñosa precaución.”

En la segunda, “un niño, el hijo de la obrera, viuda ó abandonada, cubierto con un lienzo blanco, acaba de dormirse en su pobre cuna, con el sueño eterno. La madre infeliz, allí junto, se deja caer sobre una silla sollozando. No se ve su rostro como no se ve tampoco al niño. Toda la angustia resulta del recogimiento doloroso de aquella masa negra que se siente viva y presa del martirio, cerca de aquella pequeñita y blanca masa, bajo la cual se adivina á la muerte irreparable é incomprendible. Ninguna contorsión, ninguna declamación. Toda esa escena desoladora y silenciosa pasa en la sombra. Por encima, iluminados por la miserable luz de una vela colocada en el golllete de una botella, se destacan sobre el blanco muro los objetos domésticos cuidadosamente arreglados por la buena ama de casa flamenca, ya sobre la cómoda ó bien en la pared: las botellas desiguales, los cuadros de santos, la fotografía del niño, y el Crucifijo consolador entre los ángeles de porcelana pintada.”

Difícilmente se habrá expresado nunca con más sencillez artística el dolor inmenso de una madre.

Pero me faltan tiempo y espacio para traer á la memoria los recuerdos de las impresiones que me causaron las maravillas de la pintura flamenca contemporánea, presentadas en Paris.

En la Sección de escultura, la exhibición de la Bélgica fué también tan variada como interesante.

Van der Stappen envió un San Miguel en bronce, del que dice el publicista francés cuyo informe extractamos: “Con su armadura de caballero y el pie sobre Satanás caído, el arcángel tenía la majestad tranquila de un verdadero vencedor celeste.”

El busto en bronce de Dillens; el carácter grandioso de “El Arte recompensado” y el aspecto encantador de “La inmortalidad,” de Paul de Vigne, y “La Plegaria,” de Charlier, demostraban el buen gusto consumado y la notable habilidad de los belgas, para trabajar con gran cariño los mármoles y los bronce, produciendo así verdaderas obras maestras en ese arte de la escultura, que es el más grande de todos; Arte sublime, del cual dice Lafenestre: “Que es un arte celoso que exige que se consagre uno á él; que revela tan sólo sus secretos en la calma del taller, y que desviando á los espíritus de las distracciones del mundo, los hace más sencillos y naturales, menos ávidos de ganancias que de gloria, y menos ávidos de gloria que de expresar bien las sensaciones que experimentan.”

“Cuando se piensa, concluye el distinguido publicista mencionado, en el conjunto único, cuyo impo- nente espectáculo presentaban las galerías de la escultura, y se reflexiona en lo que representaba de amor por el ideal, de esfuerzos por alcanzarle, de entusiasmo, de fe, de impulsos sublimes y también de dolorosos sacrificios, se siente el alma embargada por una emoción que nos hace felices, porque es un ho-

“menaje justamente tributado á lo que el hombre tiene de mejor, de más bello y de más noble.”

Y demos aquí punto final á esta breve enumeración de algunas de las incontables producciones artísticas de la Bélgica contemporánea, porque del análisis de las obras notables que exhibió en 1889 en París, se vería uno fácilmente arrastrado á recordar las maravillas de Gante, y los tesoros del Museo de Amberes y las obras maestras del de Bruselas, y no acabaríamos nunca.

Pero más aún que artistas, y lo son grandes, los Belgas son industriales. ¡Qué país tan progresista y trabajador!

“Cuando se examina, dice Leon Dussert, una carta agrícola é industrial de la Bélgica, y se ve en ella que casi la mitad del territorio es rebelde á los cultivos, maravilla el partido que la inteligente y activa nación sabe sacar de sus campiñas. Cosecha trigo, bastante vino, granos oleaginosos, cáñamo y lino en cantidades considerables; cría ganados y caballos, y explota hábilmente las maderas de sus bosques, para sus construcciones en general y sus navíos.

“Y Dios sabe lo que extrae de las profundidades de su suelo, pues difícil es que haya explotaciones de carbón superiores á las de Borinage, de la cuenca de Charleroi, de los alrededores de Lieja, y además tiene mármoles soberbios y una opulencia increíble de minerales metálicos.”

“Pero á lo que debe principalmente su riqueza es al enorme desarrollo de sus numerosas industrias.”

Bélgica es un inmenso taller en el que desde un ex-

tremo hasta el otro del país se escucha sin interrupción el zumbido ensordecedor, pero agradable, de máquinas y de ventiladores, de altos hornos y de fundiciones, de fraguas y laminadores, de fábricas de acero, de fundiciones de zinc, de fábricas de armas y de tejidos, de todas clases de objetos de quincallería y de cuchillos, de vidrios y de cristales, tapices y porcelanas.

Y no es eso todo. Los productos químicos; las conservas alimenticias; las cervezas; las fábricas de tabacos; las de relojes, y las industrias artísticas de que ya me he ocupado, han llegado también en aquel país al más alto grado de la perfección humana.

Y es que los belgas todos, flamencos y wallones, adoran á su pequeño país, y unidos por eso, así como por su amor secular de la libertad, ya en el fondo de los tiros ó pozos de sus minas, ó bien en medio del polvo de sus fábricas, piensan de preferencia en el engrandecimiento de su nación.

Dadas las cualidades que los caracterizan, y que hacen tan notables y bien acabados sus trabajos todos, así como la considerable baratura de la mayor parte de sus producciones, es indudable que podrían importar en nuestro país y con gran beneficio de las clases consumidoras nuestras, y evidente utilidad para sus fabricantes, la gran mayoría de los objetos industriales y artísticos someramente indicados en el curso de este informe.

¿Qué se necesitaría para ello? Tan sólo, con toda seguridad, que los diesen á conocer mejor entre nosotros. Que sus agentes viajeros nos visitaran con frecuen-

cia, trayendo consigo muestras de los artefactos de sus industrias artísticas. Que utilizaran sus industriales la publicidad de nuestros periódicos.

Y que si como es de esperarse, llega á establecerse en esta capital un Museo mercantil, ocupen una de las secciones del departamento de importación, con las notables producciones de sus fábricas más importantes.

Serán los bienvenidos en este país, en el que cuentan con grandes simpatías y que puede proporcionarles en cambio de sus excelentes manufacturas, una variedad extraordinaria de materias primas.

Maderas finas para la ebanistería; minerales para su tratamiento metalúrgico; fibras textiles para todos los tejidos; plantas medicinales en incomparable abundancia; y café y cacao y caoutchouc y chicle y cera vegetal y una inmensa serie de otros productos, utilizables en la industria, y que no se explotan ó se explotan en pequeñísima escala por la falta de capital.

Y ya que este no encuentra sino muy difícilmente en Europa empleo lucrativo y duradero, como lo acredita el hecho de haber bajado y seguir descendiendo constantemente el tipo del interés.

Ya que el 2 ó 2½ por ciento que allí se obtiene, no puede considerarse como suficientemente remunerador para el capital que corre siempre algún riesgo, de cuyos hechos surge como es natural la imperiosa necesidad de la emigración de los capitales europeos.

Y puesto que estos no pueden con toda evidencia encontrar ahora fácil y lucrativa inversión, ni en el imperio Chino, ni en la India ni en el Africa, que han absorbido ya toda la masa de elementos pecuniarios eu-

ropeos, que sus preocupaciones arraigadas les permitían absorber.

Y desde el momento en que tampoco pueden contar, como dice el distinguido escritor Chailley, con el mercado de los Estados Unidos, que tantos centenares de millones de pesos europeos ha empleado en diversas é importantes empresas, porque la rapidez con que se ha enriquecido aquella Nación hace que vea con malos ojos la invasión del extranjero, por no tener ya necesidad de él para nada; ya que todo eso se verifica, parece que es lo natural y lo lógico y lo debido, como manifiesta también el mismo publicista á que acabo de referirme, que si todos esos mercados y el de la Australia, van cerrándose ó son por todo extremo difíciles para los productos, capitales y exceso de población de la Europa, ésta se encuentre cada día más en la necesidad absoluta de buscar otros que los sustituyan, y estos no son ni pueden ser sino los de la América Central y Meridional.

Y de todos esos países, no puede negarse que en los momentos actuales, México se encuentra en condiciones excepcionalmente ventajosas, para atraer al capital y á los industriales de la Europa.

La paz inalterable de que goza hace ya varios años; el Gobierno enérgico y progresista con que cuenta; el espíritu de empresa que empieza á desarrollarse entre sus habitantes; la prudente lentitud con que se marcha con toda seguridad en los negocios; las facilidades que ya proporcionan al trabajo los once mil kilómetros de ferrocarriles y los cuarenta mil de telégrafos que tiene; la proximidad de los Estados Unidos, vasto mer-

cado consumidor de sus frutos tropicales y de sus materias primas en general, y el gran regocijo é indiscutible simpatía con que serán acogidas en él todas las fuerzas vivas que pueda enviarnos la Europa, son elementos y circunstancias dignos de ser tomados en consideración y maduramente estudiados por los capitalistas europeos.

¿Qué debemos hacer para ello?—Ocuparnos con mayor empeño de lo que lo hemos hecho hasta ahora de dar á conocer nuestras producciones y los variados, numerosos é inexplorados elementos de la riqueza nacional.

Hacer figurar colecciones bien estudiadas de todos los artículos que podemos exportar y de todos aquellos que el capital europeo podría fácilmente poner en activa y fructuosa explotación, en los Museos Comerciales que han establecido ó están creando las naciones más importantes del mundo.

Y en las capitales de esos países, ó por lo menos, en dos, bien elegidas, del continente europeo y en alguna de los Estados Unidos de Norte-América, fundar Agencias de informes, económicos y mercantiles respecto de México, é industriales, y de arte industrial, respecto de las naciones correspondientes.

Esas medidas, en mi concepto, contribuirían enérgica y poderosamente á llamar hacia nosotros al capital y á los industriales que nos hacen falta.

Tenemos la paz; la más completa seguridad personal; todas las libertades, de cultos, de pensamiento y de asociación, que garantiza el Pacto fundamental; hanse consolidado las propiedades mineras; continúan de-

sarrollándose las facilidades de comunicación; se estudian concienzudamente los principios que pronto serán ley y que facilitarán la adquisición de la propiedad de los terrenos, garantizando su tranquila conservación; se dictan ó van á dictarse pronto medidas eficaces que darán un impulso serio al riego de nuestras tierras y á la conservación de nuestros bosques; y se escogitan por último, cuáles deban ser las franquicias que, liberal y científicamente, puedan ser otorgadas por la Ley á todas las industrias nuevas y de porvenir en el país.

Si se tienen además en cuenta las grandes facilidades de la Ley de Colonización, se percibe desde luego que los únicos elementos importantes con que es necesario contar en la actualidad, y que nos faltan por desgracia todavía, para atraer al país una corriente fecundante de capital, de trabajo y de inteligencia, son la reforma prudente y hábil del Arancel, que estimule al perfeccionamiento á nuestras industrias, y la propaganda activa y honrada, de todos los recursos y del modo de ser actual de la República.

Si tuviéramos ya al servicio del país esas Agencias de informes, de que tan brillante partido han sacado el Brazil y el Uruguay y la Argentina, serían sin duda alguna de inmensa utilidad para la Nación, en estos momentos en que la Bélgica, á pesar de sus innumerables elementos de riqueza, atraviesa por una crisis industrial que puede considerarse como grave.

Y puede estimarse así, porque algunas de las causas que la producen no son accidentales, sino que dependen esencialmente de las circunstancias especiales en